

VARONA Y LA REPÚBLICA

Varona tenía demasiado sentido crítico para hacerse ilusiones. Comprendió, es cierto, la necesidad perentoria de reemplazar el caduco régimen español por el republicano, el cual permitiría el pleno y libre desarrollo de los recursos del país, pero también se percató de que las propias deficiencias del sistema colonial habían afectado la conformación mental de los cubanos. A más de diezmados y depauperados por la guerra, la incuria y la explotación, se hallaban en un enorme estado de atraso con respecto al resto del mundo civilizado. El ilustre pensador, que a la sazón contaba ya con la óptima madurez de más de medio siglo pletórico de estudio, experiencia y observación, entendía que uno de los problemas más urgentes era, pues, el de la educación, complementado por el de la reeducación. Se trataba no sólo de alfabetizar a las tres cuartas partes de la población, sino de sustituir la vieja enseñanza memorística y ergotizante por otra más a tono con las premisas del momento. Había, en suma, que preparar al cubano para la vida moderna. Así, cuando le fue encomendada la reforma de la enseñanza, se inspiró en ese criterio, y lo hizo con energía y decisión. Lo primordial era inculcar un sentido práctico al ciudadano que le permitiera atender a las ingentes necesidades materiales de su país, preteridas por un régimen basado en la expoliación; precisando asimismo pertrecharlo de los imprescindibles conocimientos científicos de que le habían privado dos siglos de enseñanza anacrónica cuando no ausente por

completo. Con este ánimo de preparar constructores para la patria, suprimió del programa educacional todas las disciplinas del espíritu. Las consecuencias de este bien intencionado celo, justificable entonces pero que con el andar de los años se mostró excesivamente unilateral, pueden palpase en la actual decadencia cultural. Con todo, de no haber surgido otros factores, previstos hasta cierto punto por el propio Varona, ello hubiera favorecido aún más nuestro desarrollo industrial. Lo cual no impide que gobiernos ulteriores, de ser capacitados, hubieran podido introducir las modificaciones necesarias a su debido tiempo.

Por lo mismo que Varona supo poner al desnudo la caducidad, ineptitud y corrupción del régimen colonial, vislumbró y denunció las flaquezas de la república. En recias y medulares páginas, previó el lamentable alcance de la insurrección de agosto de 1906, que ensombreció de inquietud la mente de muchos ciudadanos dignos, preocupados por el porvenir de la independencia de su país. Fustigó el egoísmo partidarista que amenazaba con poner a saco la patria recién nacida. «Mayorías liberales y mayorías moderadas...», escribía el 31 del propio mes de agosto, «todos han procedido bajo la obsesión de que ellos y sólo ellos eran la república». Lamentaba que nuestras prolongadas convulsiones políticas hubiesen coincidido con el período de transformación industrial en el resto del mundo, por lo cual quedamos muy a la zaga. Mientras tanto, se concentraba nuestra industria incipiente en manos extranjeras, dejando al cubano en una condición de resistencia económica aún inferior, no ya a la de 1868, sino a la de 1895. «Cuba no es ya una colonia», decía en septiembre del mismo año, «pero sigue siendo una tierra de explotación». Señalaba, asimismo, en un discurso de 1911, que «producimos para exportar, empleamos todo nuestro esfuerzo en trabajar

para el comercio exterior; y, en cambio, todo lo que es necesario para el consumo más rudimentario... el cubano necesita que se lo aporten». Estimó que los cubanos hubieran hecho mejor en allanar sus diferencias por otro camino en vez de alzarse, pegando la boca del fusil contra el pecho de sus compatriotas, aun cuando tuviesen razón, puesto que el intervencionismo americano se inclinaría siempre, como es natural, a reconocer el gobierno de facto. Creía, por otra parte, que don Tomás hubiese ganado las elecciones de todos modos, sin necesidad de recurrir a la brava.

Su pensamiento político y económico revela la misma ponderada sagacidad de sus ensayos filosóficos y literarios. En uno y otro caso preside el mismo metódico espíritu analítico que, al descubrir desde temprano las flaquezas de la república, se sume en creciente pesimismo. Desengañado por las taras del gobierno conservador a que pertenece, Varona se retira de la vida pública y docente, para entregarse de nuevo a las letras. El desmoronamiento de la república democrática trueca la duda del escéptico en un pesimismo afianzado en la seguridad del fracaso comprobado. «La juventud cubana piensa más en las bolas de Luque y los puños de *Kid Chocolate* que en el porvenir de Cuba», afirmaba en el ocaso de su vida, pero el movimiento de protesta estudiantil contra Machado acabó por encender en él un fulgor de esperanza.

CUBA CONTEMPORÁNEA

En enero de 1913 nacía la revista *Cuba Contemporánea*, la cual recogería durante catorce años —larga vida para una publicación de su tipo y talla entre nosotros— el fruto de las preocupaciones de los espíritus más conscientes del país. Su propósito manifiesto era seguir el ejemplo, sin pretender igualarlo, de la *Revista de Cuba*, de José Manuel Cortina y la *Revista Cubana* de Enrique José Varona, el cual, sin embargo, escribía en una carta a sus fundadores que la tarea de éstos sería más difícil que en tiempos de la colonia, por cuanto «hoy somos nosotros mismos los que estamos unos frente a otros, ciegos por la pasión y enconados por la lucha. Entonces se pugnaba por ideas; hoy se combate por orgullo o por codicia». La revista respondía de veras a una necesidad histórica, y valga el lugar común, puesto que a la vuelta de varias graves zozobras que pusieron en peligro la existencia misma de la república, resultaba imprescindible difundir sin restricciones el pensamiento más preclaro, generoso y ponderado de la nación. El criterio que asumiría la revista iba a ser, muy atinadamente, en sumo grado liberal ya que la difícil coyuntura del momento precisaba la colaboración de cuantos escritores estuviesen dispuestos a poner su pensamiento al servicio del país, ya sea contribuyendo con soluciones propias, con la divulgación de ideas o al mejoramiento del nivel cultural. Su fin no era, en efecto, imponer opiniones sino darlas a conocer, aunque estuvieran en pugna

con las sustentadas por la Dirección. Esta se proponía revivir las energías de sus conciudadanos, «adormecidas por concupiscencia de unos y la mala fe de otros». En el primer editorial se afirmaba con modestia que podían errar, pero no a sabiendas, de suerte que lo que no cabe poner en duda es la rectitud de intenciones que movía a estos jóvenes de entonces.

En el primer número hay una conferencia sobre Rudyard Kipling de Jesús Castellanos, muerto prematuramente el año anterior. Antonio Sánchez de Bustamante, por su parte sostiene que la capacidad no debe estar reñida con la democracia, la cual excluye los privilegios sociales pero no los derechos de la aptitud. La restricción de la entrada de inmigrantes, con miras al blanqueamiento de la población en conformidad con la tesis sustentada tres cuartos de siglos antes por Saco, es el tema de un artículo de Carlos Velasco, director de la revista, el cual apoya sus alegatos demográficos en argumentos económicos-sociales, como el envilecimiento de los sueldos debido a la competencia desleal de braceros jamaquinos y haitianos. El autor aprovecha esta coyuntura para denunciar la violación por parte del gobierno de José Miguel Gómez de la ley contra la importación de trabajadores contratados.

Si bien la Ley Morúa Delgado prohibiendo la formación de partidos raciales había resuelto en el terreno jurídico-político la cuestión racista, ésta continuaba debatiéndose a causa de la sangrienta represión del alzamiento de Estenoz e Ivonet, propugnadores del Partido Independiente de la Raza de Color; y es preciso consignar que la opinión prevaleciente en los trabajos publicados sobre la cuestión en aquellos años por esta revista al par que en la prensa, era de tinte racista más o menos subido.

La próxima inauguración del monumento a Luz Caballero en el Parque de la Punta, posteriormente trasladado a la vera del antiguo Seminario de San Carlos, constituye para Julio Villoldo una excelente ocasión para abogar por el desarrollo y la protección del colegio cubano, inspirado en las normas de El Salvador. Sostiene la necesidad de difundir los grandes ejemplos cívicos nacionales y cita frases juiciosas al par que sugestivas de Martí en relación con los peligros que la educación de los niños en el extranjero entraña para el porvenir de la conciencia nacional. También se discute la disyuntiva entre la enseñanza laica y la religiosa, pero salvo en el caso de Luis A. Baralt, los criterios favorecen, con mayor o menor énfasis, la primera.

No estaba desatendido el campo específico de las letras en *Cuba Contemporánea*. Cultivadores cubanos de la crítica, historia y teoría literarias, tales como Regino Boti, J. M. Chacón y Calvo, J. M. Poveda, Emilio Blanchet y Bernardo G. Barros, e hispanoamericanos como Francisco Contreras, Rufino Blanco Fombona, Alfonso Reyes, Porras Troconi y Pedro y Max Henríquez Ureña, amén de otros muchos, contribuían con valiosos estudios sobre tales materias. Eso sí, los amagos novelísticos no son en general, dignos de mención a no ser como ejemplos de cursilería. En cambio, hay una deleitable cuanto gráfica y veraz evocación de la toma de Santiago debida a Alfonso Hernández Catá, en la que menudean los detalles vívidos y elocuentes. Al través de las pupilas de niño que era a la sazón este escritor que pone a contribución con eficacia sus dotes de cuentista para realizar una suerte de reportaje retrospectivo que comienza por las tertulias de los estrategas de café que sostenían con aplomo la víspera del acontecimiento la imposibilidad de un desembarco norteamericano, para presentar una serie de instantáneas de los momentos culminantes, desde que los tres primeros caño-

nazos aterran y desconciertan la población. Cuando los marinos españoles vuelven a los buques que pronto habrá de tragarse la mar, al paso de un joven y bello teniente alguien lamenta verle marchar a su muerte, y aquél vuelve la cara, como si hubiese oído. El éxodo civil desata los más crudos contrastes del alma humana ante el hambre y el desamparo: unos comen escondidos a fin de que no les pidan, otros fingen haber comido para que no les rechacen lo que ofrecen y hay niños pequeños que quieren compartir un mendrugo con su madre. El relato cierra con un giro del azar: desde una ventana alguien reconoce en un militar norteamericano a un viejo amigo y le grita que venga a visitarle. Otros números reproducen *Los argonautas* de Jesús Castellanos, que ya comentamos; la tragedia *El traidor* y una mordaz sátira de costumbres de José Antonio Ramos, sin contar algunas colaboraciones de crítica literaria madrileñas y parisenses de Justo de Lara, quien por aquel entonces remitía sus crónicas a *La Discusión*.

Pese a la tónica más bien moderada de la revista, se abordaban con franqueza los candentes problemas contemporáneos de Cuba. La elección de Mario G. Menocal motiva un artículo de Carlos Velasco que revela las preocupaciones del momento. Allí se presentaban al nuevo gobierno las aspiraciones nacionales, tales como la concertación de contratos con las compañías de navegación para contrarrestar los efectos de la próxima apertura del Canal de Panamá; la entrada libre de impresos con miras a propiciar el movimiento cultural; rebaja de aranceles prohibitivos para productos ajenos a la industria nacional; contracción de presupuestos; reforma escolar y adecuación de maestros; deslinde de tierras del Estado para su arrendamiento, protección de la riqueza forestal; institución de bancos agrarios, y la ley del divorcio que iba a situarse en el primer plano polémico y legislativo durante más de un lustro, y que era favorecida por R. Sarabasa, González Lanuza

y otros muchos. La cuestión habría de invadir, según veremos, los predios de la novela. Desde 1906, con motivo de la presión electoral ejercida sobre la burocracia gubernamental por el llamado Gabinete de Combate, la condición del empleado del Estado ocupaba, y seguiría ocupando hasta el presente, la atención de la ciudadanía ansiosa de orden y estabilidad. Así, Mario Guiral Moreno solicitaba del gobierno recién electo la aplicación de la Ley de servicio civil implantada bajo Magoon, con modificaciones tendientes a conservar los cargos imprescindibles y a evitar reducciones abusivas de los sueldos en perjuicio de la calidad del trabajo rendido. Por su parte, José Sixto de Sola, cuya existencia estaba a punto de extinguirse en el apogeo de su juventud, movido por el ardor de su bullente corazón de patriota, iniciaba con un artículo sosteniendo el derecho de Cuba sobre Isla de Pinos y con otro donde ponía en guardia contra la penetración demográfica ejemplificada por el caso de Hawái, su campaña por el reconocimiento definitivo de nuestra soberanía sobre dicha dependencia de la provincia de La Habana, problema que encontraría años más tarde su justa y feliz solución en el Tratado Hay-Quesada.

El espíritu conservador que se advierte en la mayor parte, si no en todos los colaboradores de *Cuba Contemporánea* durante el período de la primera guerra mundial, se debe en buena medida a la corrupción y la chabacanería populachera del gobierno de José Miguel Gómez, pero también a la presencia de una personalidad intelectual tan estimada como lo era Enrique José Varona, al lado de Mario G. Menocal ocupando el cargo de vice-presidente. Con todo, resulta notable la sagacidad que algunos revelan en el examen y definición de la mentalidad cubana. Algunas de sus idiosincrasias más salientes y su etiología son estudiadas por José Sixto de Sola en un penetrante trabajo titulado «El pesimismo

cubano». Este ensayista situaba certeramente las raíces de dicho sentimiento en el efecto desmoralizador creado por el clima de provisionalidad propio del régimen de factoría que implantaron en Cuba los españoles durante más de tres siglos. La población que sólo venía de tránsito para otras tierras o para enriquecerse y marcharse lo más pronto posible, no se identificaba con el país. La ignorancia y la pobreza en que el régimen colonial sumía a quienes se quedaban, entorpecía la floración del sentido cívico. Bajo la república, el desengaño de las masas deseosas de palpar el beneficio material del gobierno de Estrada Palma, el cual no tuvo tiempo de emplear los veinte millones que había atesorado y que fueron dilapidados por sus sucesores, contagió otras capas sociales. Añádase las posteriores defraudaciones políticas, y podrá explicarse nuestro pesimismo y la consiguiente falta de sentimiento patriótico. Muestra, sin embargo, un excesivo optimismo Sola al cifrar esperanzas en la cubanización del comercio español y en el progreso demográfico basado en las sucesivas generaciones de hijos de extranjeros nacidos en Cuba.

Dentro del mismo orden, Mario Guiral Moreno examina algunos «aspectos censurables del carácter cubano». Abundando con Varona en torno a la necesidad de impedir la falsificación del sufragio, comenta nuestra indisciplina en el acato de la voluntad mayoritaria. Describe, además, con acierto el sensualismo y el «choteo», que define como propensión a burlarse con sorna de todo lo estimable y a escarnecer las personalidades, lo cual equivale al relajamiento del respeto mutuo, que se concreta en el confianzudo tuteo y la palmadita en el hombro, así como en la informalidad en el trato social. He aquí, sin lugar a dudas, una de las modalidades más específicas de nuestra convivencia, que entonces tocó también J. M. Poveda, la cual habrá de ser analizada e interpretada con mayor amplitud por Jorge Mañach tres lustros más tarde, en tanto que Fernando Ortiz rastreará el origen africano de algunos ingredientes.

Es natural que en un período formativo como lo era el que cruzaba la república cuando no había cumplido aún los quince años, la enseñanza mereciese la atención primordial de los intelectuales. Así, Julio Villoldo achaca a la mala educación nuestra indisciplina, la cual ya se inicia en el ámbito familiar. Apoya su demostración en dos casos típicos ilustrados por nuestra literatura: el mal ejemplo de Cándido Gamboa en *Cecilia Valdés*, al par que el morbosos amor materno de su esposa; y una carta de la Condesa de Merlin destacando la debilidad materna y la extrema precocidad del desarrollo infantil. «Cuando en el hogar se enseñe a ser patriota», concluye, «el culto a los héroes y a reprimir ciertas pasiones se extinguirá el tipo del político audaz y ambicioso». Enrique Gay Calbó indica, no sin gracia, el efecto negativo de la enseñanza colonial, cuyos rezagos no se habían extinguido aún, y que se caracterizaba por su índole memorística a expensas de las demás facultades mentales, así como por los cogotazos, las palmetas y el cuartito, y el hacinamiento en bancos sin respaldar. De esa escuela cuartel, afirma, salían cadáveres morales, hombres sin iniciativa ni entusiasmo por el estudio; y oponía la escuela nueva con su concepto de orientación infantil hacia los objetivos de la existencia. José Sixto de Sola apoya la prédica de J. A. Ramos en favor de la sincronización de la enseñanza con el progreso del país; y critica los apetitos y el libertinaje desmoralizador del gobierno de José Miguel Gómez. Encomia la moderación de los cubanos que perdonaron a sus opresores mientras las heridas que éstos les habían infligido sangraban todavía, y destaca el agradecimiento a los colaboradores de la independencia; pero denuncia la malquerencia de aquéllos y el desprecio de éstos. Mientras tanto, Guiral Moreno y González Lanuza se declaraban contrarios a la abolición de la pena de muerte, entonces ya contemplada por el Poder Legislativo.

Pese al certero enfoque de la mayor parte de los problemas del momento, en muchos casos apenas superado desde entonces, el concepto literario que informaba la revista era arcaico. Su prosa redundante, estirada, lerda y ampulosa pertenecía, con sus largos períodos en *crescendos*, al farragoso género español del siglo pasado. Mas, en la poética los trabajos de Regino Boti delatan inquietudes bien apuntaladas. En cuanto a la prosa, Luis A. Baralt y Zacharie aboga por nuevas orientaciones rítmicas, denunciando el vicio del perezoso vaivén del género hispano y opone el carácter dinámico de una prosa de ritmos más complejos, sutiles y sorprendentes. Con todo, corresponderá a la *Revista de Avance*, iniciar en 1927, bien que con algún retraso, el nuevo estadio en este campo.

Dentro del ámbito exclusivo de las letras, el mismo año en que nace *Cuba Contemporánea*, 1913, Juan F. Sariol funda en Manzanillo *Orto*, que recogería la herencia y los lineamientos de *El Pensil*, transformado luego en el *Renacimiento*, término que entrañaba una implicación local, vista la letal modorra cultural en que había caído el país. Esta nueva revista, cuyo título fue sugerido por Juan Jerez Villarreal, continuadora de la renovación modernista iniciada con algún retraso por su predecesora en 1910, bajo la égida espiritual de Julián del Casal, desempeñaría una función rectora en Oriente y otras provincias digna de sus congéneres capitalinos, con una longevidad única en nuestra tierra, ya que se mantiene aún en vida. Semejante perseverancia resulta tanto más notable si se tiene en cuenta que durante esa alongada existencia hubo lapsos en que las rudas sacudidas económicas, sociales y políticas dejaron a la república huérfana de otros órganos puramente literarios. Además de las colaboraciones del primer grupo, que comprendía a los Boti, los dos Poveda, Luis Felipe Rodríguez, el dominicano Sócrates Nolasco, Vázquez de Cubero, Galliano Cancio, Armando Leyva, Recaredo Répide, Ángel Giraudy y Fernando

Torralba, *Orto* fue admitiendo exponentes, muchos de ellos antes de alcanzar su consagración, de sucesivas modalidades, no ya de provincia y la capital, sino del resto del mundo de habla hispana.

LA REPÚBLICA DE *GENERALES Y DOCTORES*

Mientras Juan Criollo, con sus botones de oro en la camisa y hebilla de plata en el cinturón, es el hijo del pueblo que se deteriora no tanto por maldad innata como a causa del degradante influjo ambiental y por la carencia de educación; Ignacio García procede de la clase media inferior y su personalidad moral permanece indemne. Ambos nacen en la penúltima década de la colonia, pero de cuna un poco más privilegiada que la de aquél, éste se mantiene a salvo de la acción infamante del hampa y de la condición humillante de huérfano recogido. Mas, hijo de un honesto factor del ejército español y de igualmente honrada mujer cubana, pero sobrino de pícaro bodeguero integrista, supo encontrar por sí mismo el camino de la justicia y seguirlo hasta el fin de sus días. Desde muchacho devoraba a hurtadillas literatura separatista, de suerte que su conciencia de patriota cubano estaba formada cuando, adolescente aún, estalló la insurrección del 95, hallándose pronto a empuñar las armas, al paso que Juan Criollo marchaba a Yucatán. Las circunstancias le habían llevado a Nueva York, pero se enrola inmediatamente en las fuerzas revolucionarias, y al enterarse de lo necesitadas que estaban de profesionales útiles, emplea el tiempo de espera para estudiar odontología, a fin de tener más seguridad de que le enviaran a la manigua. Y, efectivamente, en 1898 se le incorpora a una expedición que desembarca en Oriente. Estas primeras etapas de su vida ocupan la mayor parte de *Generales y doctores*, otra novela de Carlos Loveira,

paralela a *Juan Criollo*, y, como ésta, rico y realista trasunto de las postrimerías de la colonia y la infancia de la república, aunque con menos visos de experimentalismo sicológico.

Terminada la guerra de independencia, el lector se encuentra de súbito a fines de la segunda década republicana. El contraste es impresionante. Los males que afloraban en los albores de Cuba libre, constituyen ahora un cáncer profundamente enraizado. Ignacio García, casado con la novia de su mocedad y que ejerce su profesión en un pueblo de campo, se encuentra en un tren con un personaje vulgar y rumboso, pero opulento y reverenciado por todos los pasajeros. Al cabo se reconocen: es su tío el bodeguero tramposo, el integrista furibundo que gritaba por las calles de Matanzas «¡Viva España con honra!» Ahora está hecho un rico hacendado, tiene título de doctor y es un potentado de la política cubana. El personaje corresponde a don Cayetano en *Sombras que pasan*, de Raimundo Cabrera. La Habana es un enjambre de generales improvisados y doctores que no profesan, parásitos de la política ajenos a los intereses de la nación, que han vendido la economía del país a monopolios extranjeros. Advenedizos, criminales y aventureros de toda laya dirigen los destinos de la patria. El Nene, delincuente que había agredido a Ignacio con un puñal en tiempos de la colonia y estafado a su tío el bodeguero con el llamado timo de la guitarra, se ha transformado en general del Ejército Libertador, cabecilla político, alcalde vitalicio de un pueblo del interior y representante.

Hercúleos miembros, que diríase reclaman el arado, el machete o el banco del carpintero, se ocultan bajo la blancura del dril 100, trocados en instrumentos de politiquería; dedos rollizos ensortijados, rutilantes de pedrería; revólveres de grueso calibre y conversaciones en voz alta para deslumbrar: tal es la metamorfosis operada en la gente del pueblo aprovechada, gracias a la república. Por más que se ha dicho que la república será agrícola o no será, todos siguen haciendo doctores de

sus hijos. En el país no hay más que diez o doce nombres perennes, insustituibles. Los periódicos sólo informan de lo que ha dicho el general Montalvo, lo que opina el doctor Alfredo Zayas, declara el general Asbert, la asamblea que preside el general Pino Guerra, la entrevista con el general y doctor Freyre de Andrade y sobre el viaje del general Gómez. El propio Ignacio García accede a un curul de representante con el dinero de su tío, pero desde allí prosigue su obra de rescate, mientras «los veteranos no se vayan a dormir el sueño eterno a la tierra que tanto les debe... y en tanto los doctores sin clientela no sean arrollados por las fuerzas vivas del país... y por el pueblo que es lo menos podrido». Aquí, pues Carlos Loveira muestra una visión más optimista que en *Juan Criollo*.

EL BOVARISMO CRIOLLO

Los problemas morales, psicológicos y sociales de la clase media es de lo que trata principalmente Miguel de Carrión en su díptico *Las honradas* y *Las impuras*; y, de modo particular, la condición de la mujer cubana. Después de la liberación nacional, y en virtud de la rápida incorporación del país a las corrientes mundiales imponíase la emancipación de la mujer, aún condenada por la herencia de costumbres coloniales a vegetar en sus funciones hogareñas mientras el marido proseguía sus andanzas con todas las prerrogativas de un señor feudal. El progreso material y la proximidad a los Estados Unidos, donde se luchaba intensamente por los derechos femeninos, favorecían el esfuerzo liberador. En este aspecto, aunque en otros *Las impuras* la supere, la primera de las dos novelas citadas resulta más interesante. Cuando fueron publicadas, en 1918 y 1919, respectivamente, Cuba se adentraba en su gran período de bonanza económica, recordado con añoranza como el de «las vacas gordas», y la ley del divorcio estaba a la orden del día. Victoria, la heroína de *Las honradas*, es una Madame Bovary cubana. Educada con todo el rigor de la usanza española en las postrimerías de la Colonia, en evitación de todo contacto extraño, recibe sus conocimientos primarios sin salir del recinto de su casa, en la paz provinciana de Santa Clara. Luego cursa unos años de estudios en un colegio norteamericano, donde atisba otro género de vida. Terminada la guerra de independencia, su padre, un exprocurador y terrateniente

villaclareño, se establece en la capital, donde un golpe de fortuna le coloca en un importante cargo administrativo. Tal es el medio social y el marco urbano en que la joven alcanza la edad de mujer núbil, pero ella resulta ser una inadaptada.

Penetrada de lectura de novelas, anhelaba otro género de existencia. Se preguntaba si «habría nacido con algo de más o de menos en el alma, al igual que ciertas criaturas contrahechas desde la cuna que no podrían gozar jamás de la alegría de las otras». Lo cierto es que repugnaba el erotismo pedestre de ciertas amigas. Sin creerse romántica, acariciaba otros sueños. Era, en suma, una incomprendida, al igual que su congénere normanda del siglo pasado. Y en efecto, cuando casa con un químico azucarero, correcto, atento, formal, éste no logra, empero, adueñarse de su corazón. Es más, hay otra analogía que completa el paralelo: cuando un comprensivo caballero de finos y suaves modales penetra el desierto de su vida provinciana en el ingenio, ella sucumbe sin que el marido se entere.

Mas, no hay desenlace trágico. El gusto y la corriente optimista, del momento no lo permitían. Ahíto del disfrute de su presa, el acaudalado tenorio la abandona, y todo retorna a su cauce; ella, curada de su frigidez sexual, y el químico feliz de verse padre de una hermosa niña. De paso, el autor puede hacer alardes de penetración psicológica, a veces atinada en lo tocante a la contención de Victoria, pero a menudo cargantes cuando extiende y reitera en demasía los momentos eróticos, so pretexto de un realismo que, de hecho, se asemejaba más bien a las elucubraciones de El Caballero Audaz o Pedro Mata. Se trata de una cuestión de estética y no de pudibundez, por cuanto la redundancia cansa. El mismo tema ha sido manejado con aún mayor crudeza, y sin embargo no ha resultado chocante. Miguel de Carrión, dominado por el naturalismo científico francés, pone a contribución sus conocimientos médicos para trazar un cuadro verídico de una operación y el retrato

exacto del cirujano, todo lo cual luce empero un tanto traído por los cabellos. A partir de aquí y al través de la escena con la comadrona, la novela tiene mucho en común con *Fecundidad* de Emilio Zola, incluyendo los ribetes científicos y su, aunque más disimulada, moraleja. A fin de complementar su exactitud científica con la autenticidad del documento humano a lo Goncourt o Mirbeau, el autor presenta la obra como un escrito de la propia protagonista, en que ésta lega a su hija la verdad descarnada. Es poco probable, sin embargo, que una madre hubiese mostrado a su hija con tanta complacencia y extensión la desnudez de ciertos hechos, lo cual va en detrimento de la veracidad científica a toda costa, precisamente tan en boga a la sazón entre los escritores naturalistas experimentales y psicológicos como lo era Miguel de Carrión, entre cuyos méritos hay que abonarle, empero, el de haber trazado una viva estampa del provincianismo a la sazón imperante.

LA CUESTIÓN DEL ADULTERIO

En los albores mismos de la república, un joven escritor cubano, José Antonio Ramos, hacía del adulterio el tema de su novela primericia, *Humberto Fabra*, la cual, publicada en 1910, era asimismo una de las primeras en aparecer después de la independencia. El hecho en sí parecería banal por cuanto el adulterio ha venido moviendo muchas plumas desde tiempos inmemoriales, si la ulterior evolución de los derechos de la mujer durante el período republicano, hasta culminar en la Ley de Equiparación de 1950, no le confiriera a dicha obra notables ribetes de anticipación. El que el autor haya previsto o no el sesgo de los acontecimientos en ese terreno, o si no hizo más que seguir la corriente teatral y literaria del momento, no amengua mucho el interés que suscita la temprana presencia de la novela de marras. Por lo demás, sabemos que el autor se daba con ahínco al estudio de la sociología, a tono con el movimiento positivista aún imperante, lo cual permite suponer que supo captar el verdadero alcance de la campaña feminista que a la sazón agitaba los países anglosajones. En todo caso, Miguel de Carrión hubo de seguir su ejemplo al escribir, con un enfoque más restringido pero más preciso, *Las honradas*, en tanto que en 1918 se aprobaría la primera ley del divorcio. Pero en 1930 se derogaría la ley sobre el adulterio, de suerte que José Antonio Ramos luce más previsor todavía, ya que éste trata pura y simplemente el tema del adulterio y aquél lo contrae al problema específico de la incomprendida; y puesto que dicha

legislación acaba de poner a la mujer en un plano de absoluta igualdad con el hombre, cuyas inconstancias habían sido hasta entonces tácitamente toleradas, en cuanto a las obligaciones matrimoniales. En *Humberto Fabra* el autor no formula ni insinúa tesis alguna, a no ser, tal vez, la del vitalismo, que en aquellos años estaba en pleno apogeo; y, precisamente, la ley de marras responde, hasta cierto punto, a esa corriente, incluso si hemos de atenernos al acervo de Carlos Azcárate en su admirable, aunque un tanto idealista, tratado sobre la cuestión, en sentido de que la gravedad de un delito no depende del peligro que el mismo representa para la sociedad. Lo que cuenta es el grado de culpabilidad, determinado por factores sicológicos y circunstanciales. En suma, la vida misma mantiene sus fueros sobre los preceptos.

Así el joven Humberto Fabra, bien que transido de ciertas inquietudes ideológicas, es una persona honesta, sincera y pulcra al extremo de separarse de su amigo y compañero de estudios, por no tolerar su comportamiento licencioso. Y sin embargo, acaba por cometer un acto abominable: seducir a la esposa de su propio tío, el mismo que le acoge paternalmente bajo su techo, al quedar aquél huérfano de padre. La pureza de Albertina es, asimismo, firme y límpida. Su resistencia ante los ardorosos avances de Humberto es realmente heroica, al tiempo que resulta conmovedora la confianza del tío en su sobrino, pese al desconcierto que le producen las ideas ácratas de éste, el cual pone la conducta de las bestias como pauta para los hombres. Pero los efluvios campestres y el poder de la afinidad al cabo quiebran la voluntad y anulan los buenos propósitos. El equilibrio entre «la pasión de la moral y la pasión», como diría Carlos Azcárate, se rompe. La naturaleza tuvo la mayor culpa, y acaso también el buen tío Rosendo, por haber tomado esposa demasiado joven para él. No hubo agresión. Al obedecer sus impulsos en un dominio donde la ley no tiene juris-

dicción, los jóvenes violaron tan sólo el decoro y la dignidad. Por su parte, el tío Rosendo, en lugar de violentarse, debió simplemente acogerse al caso previsto por la ley del divorcio. He allí el nuevo concepto del adulterio, el cual completa la emancipación jurídica de la mujer y que suplanta el de la «honra», subterfugio, en este caso, para salvaguardar los fueros del *pater familias*, los cuales confieren al marido burlado hasta el derecho de matar a la adúltera y a su cómplice, siempre y cuando los descubra *in fraganti* y que el castigo alcance a los dos delinquentes.

Hoy día en Cuba el adulterio es pecado, quizá, pero no delito, y por consiguiente la ley penal no lo alcanza. Puede ser que el no poder el marido aplicar la pena de muerte por su cuenta haya debilitado el matrimonio, pero el amor es el lazo más firme de todos. De no existir éste, tales son los gajes de la total emancipación de la mujer. Por otra parte, conforme apunta Azcárate, el excesivo pudor de uno de los cónyuges provoca la impudicia del otro: allí tenemos el caso de Ricardo y la calambuca Benita en *Los ciegos* de Loveira. José Antonio Ramos escribía con más gusto y soltura que Loveira y Carrión, pero el final trágico-romántico de *Humberto Fabra*, con sus ingenuidades perdonables en un autor que contaba tan sólo veinticinco años, echa por tierra el realismo positivista de esta novela.

INDEPENDENCIA DE LA MUJER

En la época de *Las honradas* la cirugía, impulsada por los prodigios experimentales efectuados en los hospitales de sangre de la primera gran guerra, se hallaba en su apogeo, y Miguel de Carrión, que era médico, se pudo despachar a su gusto en la novela de marras. Ya se estaba poniendo de moda operarse preventivamente del apéndice, y era considerado *chic* que el acontecimiento apareciese en la crónica social. Los personajes novelescos no pasaban simplemente al otro mundo sino que morían de un mal específico y en vida muchos llevaban trazas ostensibles de una enfermedad bien determinada. También Carlos Loveira y Miguel de Carrión se dejaron seducir por esa pedantería que formaba parte del cientificismo entonces aún imperante, pero Georges Duhamel, que había servido en la guerra con el cuerpo médico francés, abogaba por los fueros del arte. Mientras tanto, empezaba a cobrar inusitado auge en el mundo civilizado la lucha feminista, favorecida por el destacado papel que venía desempeñando la mujer en el frente mismo al par que detrás de las líneas, como enfermera y operaria, ganándose el corazón de los espíritus liberales y avanzados, a la sazón en ascenso. La actitud cientifizante tuvo esto de bueno: que al explicar todo veía el mal con indulgencia, lo mismo en lo social que en lo psicológico, y ello contaba, asimismo, con el endoso del persistente nihilismo nietzscheano. La prostitución no se miraba como un

pecado sino como un fenómeno social o patológico que debía ser curado en vez de condenado.

Hemos visto cómo en *Las honradas*, el autor absuelve a la mujer de su pecado y procura rescatar la personalidad femenina. En *Las impuras*, segundo cuadro del díptico, defiende la independencia de la misma. Mas, a pesar de su postura científica, el autor se muestra por momento un tanto romántico-sentimental, v.g.: en la noche lluviosa de la llegada de Teresa a La Habana. Además, a lo largo de la novela idealiza cada vez más al personaje, que al principio se deja llevar por una frívola pasión en un ambiente vicioso. Existe una ostensible analogía con la pérdida de *Sombras que pasan* de Raimundo Cabrera, contemporáneo suyo, ya que ambas mujeres observan un comportamiento digno y se sacrifican para mantener a sus hijos en buenos colegios, alejados del medio en que ellas viven. En *Los ciegos* Carlos Loveira reivindica a la amante, convirtiéndola en esposa legítima al enviudar, situándola por encima de la primera mujer, cuya angosta mojigatería le impidió comprender a su marido. En suma, la crisis del matrimonio, que entonces pasaba por su período agudo en Cuba, iba a tener su culminación jurídica en la Ley del Divorcio.

Teresa, hija de un matrimonio cuyos nexos se habían truncado por incompatibilidad de caracteres, era voluntariosa desde su infancia. No se doblegaba bajo ninguna voluntad ajena. Tuvo un desarrollo precoz, como suele acontecer en nuestro clima, y su espíritu independiente se consolidó con los años. Su propio hermano la censuraba por la indocilidad que mostraba, añadiendo que las mujeres así no eran bien aceptadas por nuestra sociedad. Ante sus excesos, una amiga madura y viciosa le advierte sin embargo que «aunque el matrimonio sea un disparate, es mejor casarse que dejarse engañar como una estúpida». Teresa se sale, no obstante, con la suya y, re-

nunciando a su fortuna se entrega al hombre que quiere, a pesar de estar él casado, dándole libertad de abandonarla tan pronto se aburra de ella, pues «cuando un hombre no quiere ya a una mujer otra lo atrae. Esto quiere decir que si no me encuentras, te hubieras enamorado de una parecida a mí... Y yo no soy injusta: no me excluyo de la regla». Muy caro habría de costarle este razonamiento, pues el objeto de su amor no pasaba de ser un hombre vulgar, y despreciable que no merecía semejante sacrificio. Pero ella fue consecuente consigo misma y con él, pagando el precio con reciedumbre y altivez dignas de mejor causa. Orgullosa y tenaz afrontó cuantos vejámenes y privaciones le acarreaban su precaria situación social y económica, que la condenaba a existir en un medio de repelente pobreza moral y material. La implicación, un tanto ingenua, del díptico de Carrión es que las impuras pueden ser más honradas que las «honradas».

LA VIDA GALANTE

Otro resultado de la tendencia cientifizante en la vida y el arte fue el tratamiento sin tapujos de todos los temas. No había más cuestiones «tabú» tanto para la literatura como en las conversaciones, especialmente en los círculos avanzados, donde eludir el punto de vista científico se consideraba *démodé* y gazmoño. Esta postura dimanaba del naturalismo científicista a lo Zola, Goncourt y Mirbeau, con derivaciones psicológicas a lo Bourget, que no era, empero, aún tolerado por la Gran Bretaña victoriana ni los Estados Unidos, puritánicos todavía. No obstante, en la primera postguerra la licencia se abrió paso en todas partes. Cae la prohibición contra James Joyce, que sin embargo tanto le benefició, mientras en el Reino Unido surgían Aldous Huxley, D. H. Lawrence y Llewellyn, y en Norteamérica Teodoro Dreiser, Sinclair Lewis, Dos Passos y otros muchos. En Cuba, el terreno había sido abonado ya por las novelas francesas cuando Miguel de Carrión y Carlos Loveira hubieran escandalizado todavía a los países anglosajones. Lo malo es que ambos autores, a fuerza de reincidir y extenderse demasiado sobre las mismas escenas eróticas y de registrar detalles triviales, con el pretexto de hacer realismo, pecan de chabacanería, dándose el caso que su exagerado afán de verismo falsea la realidad, y lo crudo se torna soez. André Gide ha demostrado que se puede presentar la verdad desnuda sin devenir vulgar.

Hechas estas salvedades, cumple afirmar que las obras de estos dos novelistas entreabren un extenso panorama social de los dos primeros decenios de la república. En *Las impuras* Miguel de Carrión esboza un cuadro de la vida galante habanera en su tercer lustro de existencia republicana con inferencias que penetran asaz hondamente el substrato de la impresión superficial. Hay atisbos que evocan la *Naná* de Zola y las *Escenas de la vida bohemia* de Murger, pero se adivinan las repercusiones de la promiscuidad de los estudiantes con elementos del hampa y la prostitución. En efecto, no cabe duda de que las consecuencias de este temprano contacto con un medio crapuloso, por falta de casas adecuadas o dormitorios universitarios habrían de manifestarse más tarde en esos futuros profesionales llegados del campo. Su prematuro involucramiento en la política, por aquel entonces ya corrompida hasta el tuétano, con ausencia total de un partido sano o de ideología bien definida, debió afectar, asimismo, la mentalidad de aquellos jóvenes, muchos de los cuales estaban llamados a dirigir el país. Una cosa es el ambiente de las grandes ciudades universitarias europeas y muy otra el relajamiento moral que conocían nuestros estudiantes, contaminados del derrotismo oportunista que se había adueñado de sus padres tras la frustración inicial de la república.

Como sucede en las novelas de Loveira y Cabrera, la identidad entre algunos protagonistas y conocidas personalidades reales es claramente perceptible. Entre ellas se destaca la extravagante cortesana Carmela, derrochadora impenitente «que había sido casada y tenía, antes de entrar de lleno en el torbellino de la vida galante, cierto refinamiento de modales y de gustos». Son asimismo significativas estas otras palabras de Carrión: «En La Habana es difícil que una mujer galante pueda vivir de las liberalidades de un solo hombre. Nuestros ricos son tacaños, como si

conservaran todavía en esto la tradición de sus venerables antepasados, los tenderos y los almacenistas de tasajo, que a duras penas amasaron sus fortunas. La gran riqueza patrimonial no existe ya, y la de los políticos, enriquecidos por el fraude es demasiado reciente para que pueda pesar en un balance de nuestras costumbres nacionales.» Todas las clases sociales, ricos y pobres, jóvenes y viejos, casados y solteros, recurrían al mercado de ese vil sucedáneo del amor, en parte impelidos por el insaciable erotismo tropical, y en parte por disparidades dentro del matrimonio, ejemplificadas por el desnivel cultural entre Benigna y Ricardo en *Los ciegos* de Loveira y el desnivel sensitivo entre Victoria y Joaquín en *Las honradas*. Pero, al revés de Loveira, Carrión reivindica en su díptico la personalidad femenina a expensas de la masculina, interpretando su anhelo de independencia. Hasta la «carpinterita», la niña viciosa, suspira por el día en que tendrá edad para ser libre. Carrión presenta ciertos visos de precursor al rozar el tema de la represión sexual, tan ampliamente tratado después por los novelistas seguidores de las doctrinas de Freud.

Al propio tiempo, hay ocasiones en que este autor toca rápidamente, pero con tino, la cuestión político-social. Así, el rico almacenista peninsular, infatuado con Teresa, dueño de la casa de vecindad en que ella vive, declara: «Soy extranjero y no puedo hablar. Pero mis hijos son cubanos, y no intervienen en estos asuntos [de matonismo político]. ¡Qué han de intervenir! Los elementos serios del país se echan a un lado, y dejan que la canalla siga...¡Por eso van las cosas como van! ¡Y los yanquis relamiéndose de gusto!»

POVEDA PROSISTA

Así como Jesús Castellanos encarna un prototipo del primer decenio literario de la república, José Manuel Poveda lo es del segundo, tanto más si se tiene en cuenta que el grueso de su obra fue escrito durante la guerra de 1914. Sin pasar por alto sus disparidades temperamentales, resulta provechoso comprobar en qué medida cada uno registra los cambios de tiempos e ideas. Ya hemos examinado la personalidad de Castellanos en función del pensamiento universal, tomando a París por línea de referencia. Poveda se orienta por el mismo meridiano, ya que Nietzsche, con su vitalismo personalista, influye de modo apreciable en los pensadores y literatos galos de la época, sólo que entre ellos el influjo comienza a producirse mucho antes que entre nosotros, vale decir en la última década del siglo pasado, en Bergson y Gide, por ejemplo. Hay que señalar, sin embargo, que aquí el efecto fue mucho menos beneficioso, en cuanto las ideas del autor de *Zaratustra* tendían a excitar la propensión a la rimbombancia y la megalomanía ingénitas en todo el continente, justificando a un tiempo la tiranía y el individualismo. Claro que se trataba de un concepto desnaturalizado del superhombre, que situaba más allá del bien y del mal lo mismo a los cabecillas que a los poetastros. El máximo vulgarizador de esta manifestación del egoísmo alemán lo fue, como se sabe, Vargas Vila, de quien Poveda exhibe ¡ay! no pocos rasgos, si bien la filosofía barata del escritor colombiano no contamina toda su obra, en la que

el acento vargasviliano estalla con más estrépito a lo largo de la exégesis del individualismo libertario. La prosa de Castellanos, adepto del realismo sicológico, es plana, pese al acopio de adjetivos un tanto rígida y abundante en términos científicos y expresiones galas, al paso que la de Poveda es flexible, ágil, modulada y de vivo colorido literario.

Ambos repudian el modernismo y desdennan la producción literaria española de su tiempo, acaso movidos en parte por el mismo recuerdo vivo de la colonia y la lucha emancipadora. Pero Poveda es el más americanista, aunque, al revés de Castellanos, yankófobo, lo cual no le impide profesar un culto profundo y fervoroso a Walt Whitman, al extremo que toda su poética está calcada en la versificación libre del recio bardo norteamericano. Tales contradicciones son, empero, frecuentes. Así, condenan el modernismo, pero aquél admira a Darío, y lo imita a ratos; y éste no oculta su devoción por Silva, Darío y Lugones, criticando, asimismo, la voluntad de dominio de Nietzsche, lo cual no pasa de ser una cortina de humo o, incluso, ignorancia, ya que dicho filósofo nunca tuvo reparos en fustigar el militarismo prusiano. Poveda se mostró, sin embargo, partidario del decadentismo de Baudelaire, no tanto por espíritu conservador, ya que se trataba de una doctrina anterior al modernismo, sino porque veía en las drogas un medio de superar y ampliar el horizonte de su Yo, lo cual no estaba, por lo demás, en oposición con su individualismo nietzscheano.

Lo que importa a Poveda es la afirmación de su Yo, no el análisis sicológico. De allí su estilo enfático y policromado. Sin excesiva bambolla y pedrería, alcanza cierta belleza literaria cuando depone la rimbombancia del pregonador. La expresión del individuo se confunde con la del vate, que es lo que prima en Poveda y, pese a su deseo de mantener claro el deslinde entre prosa y poesía, así lo demuestran las pulsaciones de su emoción y el derroche imaginativo. Con todo, algunos de los artículos y

ensayos de la recopilación prologada por Rafael Esténger, revelan afinada y penetradora perspicacia en el manejo de los conceptos estéticos. Sus ideas son universalistas, oponiendo el «gran arte» al «arte de fronteras». Sustenta un pesimismo que pone al desnudo certeros atisbos de nuestra endebles social y moral, resbaladiza y cominera. Sus breves escritos sobre el carácter evasivo del cubano, siempre al acecho del camino más fácil, y sobre el humorismo salaz y burlón del «cubaneo», pueden contarse entre los juicios más agudos y atinados que hasta el presente se han hecho al respecto.

LOS INMORALES

El principal problema que Loveira plantea en *Los inmORALES* es el divorcio. Lo que Carrión apenas insinúa en *Las impuras*, aquí está vivamente denunciado, con toda la enfática crudeza y el descarnado realismo de que era capaz el autor de *Generales y doctores*. Su fogosa inquietud le impide, desde luego, circunscribirse al tema, demasiado angosto para la amplitud panorámica de su campo visual, de suerte que la cuestión le da pie para involucrar otras zonas sociales con su habitual inequívoco criterio doctrinal de socialista. Y como cada cual tira para lo suyo, habiendo sido él mismo maquinista, trae a cuento un turbulento conflicto ferroviario ocurrido en Camagüey en 1906 que permite, al cotejarlo con la importante huelga tabacalera de 1902, descrita por Martínez Ortiz, hacerse una idea del movimiento obrero desde los inicios de la república hasta las luchas gremiales en el terreno azucarero del tiempo de las «vacas gordas», expuestas por el propio novelista en *Los ciegos*. Al autor le es dable, pues, hablar con conocimiento de causa, y pese a que reitera y alarga con exceso, logra producir la sensación de veracidad, presentando un convincente cuadro de las torpezas, desavenencias y exabruptos que malograron aquella huelga, lo mismo que habría de ocurrir con tantos otros movimientos clasistas de la república en pañales. Al través del maquinista Jacinto, Loveira concreta sus propias opiniones al respecto, denunciando los anarcoides actos impulsivos y abogando por una acción más coordinada, y reflexiva, con la emoción debidamente dirigida

por la razón. Pero sus llamamientos a la cordura son objeto de escarnio por parte de los elementos anarquizantes que arrastran a las masas a una huelga impetuosa y desorganizada. Jacinto se adhiere contra sus convicciones, por solidaridad, pero al fracasar el movimiento por falta de preparación, pierde su trabajo. El autor mantiene un enfoque semejante en su presentación del proceso gremial azucarero de *Los ciegos*, con su trágica culminación.

Al quedar cesante Jacinto, se agravan sus dificultades domésticas al par que las económicas. Su mujer no se hace cargo del verdadero motivo de la desgracia ocurrida, ensanchándose así la distancia que les separa, abierta ya por toda clase de divergencias de criterio, motivadas por un gran desnivel cultural y la supersticiones que embargan a la esposa. La situación, antes más llevadera por la falta de problemas pecuniarios y mitigada por las ausencias impuestas por la índole del trabajo del maquinista, se hace intolerable. El marido acaba por encontrar la anhelada comprensión en Elena, dominada por las mismas preocupaciones intelectuales que él, y casada asimismo con una persona que no le es afín. Ambos resuelven unirse y marchan a Panamá con el dinero que brindan generosamente al maquinista sus compañeros, en virtud de esa «francomasonería», así denominada por el autor, entonces existente entre los ferroviarios, que tenía más de hermandad que de gremial, y que en la república de ahora está estrictamente codificado bajo el rótulo de subsidios sindicales. Las vicisitudes de la pareja en sus andanzas por la América del Sur constituyen el alto precio de su acoplamiento ilegal y permiten al autor hacer una defensa del divorcio. Atisbos de la angustiosa cuanto precaria existencia de los familiares de Elena, constituyen una argumentación de por sí convincente. Loveira presenta al marido amo, que se

vale de sus prerrogativas de padre para tiranizar a los suyos, abofeteando e injuriando a sus hijas con las palabras más soeces so pretexto de salvar su moral, siendo él mismo un vicioso. La mujer se somete con resignación, en la creencia de que así cumple con su deber. Los hijos viven oprimidos y «educados» por este padre ignorante, incapaz de ganarse el sustento con su oficio de carpintero. El novelista releva también con extraordinaria agudeza de observación, las vejaciones a que están sujetas en Cuba las mujeres pobres, incluso por parte de sus iguales de clase; e ilustran vívidamente el calvario del débil, si falto de protección; o de la mujer sola, especialmente cuando viajaba, en los primeros lustros de la república. Al propio tiempo ridiculiza a los legisladores que votan contra el divorcio pero que buscan placeres extramatrimoniales. Es de notar que esta novela fue publicada en 1918, o sea casi al mismo tiempo que *Las impuras* de Carrión, y mientras Ricardo Dolz presentaba su ley del divorcio. El título, *Los inmorales*, se debe más bien al episodio de Panamá, a donde la construcción del canal atraía gente de todas clases y razas, y cuando un poderoso tahúr que dominaba la justicia local persigue a Jacinto, honrado trabajador, porque la mujer de éste le niega ciertas complacencias. El hecho corrobora la necesidad del divorcio, en vista de los avances a que se ve expuesta una mujer ilegalmente unida a un hombre. No hay que pasar por alto el significado de la angustiada odisea del personaje, a la que se veían condenados a la sazón quienes buscaban su sustento, llevando el estigma de una militancia sindical.

LA VIDA RURAL

Mientras La Habana iba adquiriendo sus ribetes capitalinos y corrompiéndose bajo la égida conjugada de los logreros de la guerra de independencia y la supervivencia de las fuerzas económicas coloniales combinadas con las nuevas, la vida rural se ajustaba a las idiosincrasias republicanas. El ritmo había cambiado tal vez menos que las condiciones. Los campesinos que habían sobrevivido al hambre y las epidemias de la reconcentración, ideada por la mente bárbara de Valeriano Weyler, habían vuelto a sus sitios o conucos. En vez de estar condenados a la mendicidad en ciudades depauperadas por el aislamiento y las exacciones impuestas por un régimen empeñado en mantener su opresión y caducidad contra un pueblo decidido a gobernarse a sí mismo, el guajiro se sustentaba de nuevo con el producto de la tierra, ya sea extrayéndolo directamente de su propio corral y hortaliza o mediante el corte y el cultivo de la caña para la creciente industria azucarera. Tampoco era perseguido por los guerrilleros y las autoridades a causa de su simpatía pasiva o activa por la independencia, ni las batidas del ejército español devastaban sus campos, ni los insurrectos incendiaban los ingenios y cañaverales de los hacendados partidarios de la dominación colonial. A no ser por esporádicos alzamientos inofensivos, Cuba Libre vivía en paz mientras en Europa tronaban los cañones de la primera guerra mundial. Eso sí, la guardia rural, al servicio de los «pejes gor-

dos», campeaba por sus respetos, suministrando justicia, si bien no la administraba.

Sobre esa rústica existencia de relativa legalidad republicana, muy anhelada pero un tanto tediosa, las alcohólicas conversaciones en la pulpería, y ocasionales fiestas y sobresaltos, publicó Luis Felipe Rodríguez en 1923 una novela, *La conjura de la ciénaga*, refundida en 1937 bajo el título simplificado de *La ciénaga*; pero se trata menos de una novela que de una serie de cuadros de costumbres, en su primera mitad, y de un cuento estirado en la segunda. La ubicación es un pequeño poblado de la provincia de Oriente en el imaginario término de Tontópolis, probablemente Manzanillo. Aunque a veces sobran palabras, las escenas están esbozadas con sencillez, donosura y seguridad, destacándose las tertulias, los banquetes y sobre todo los cultos espiritistas, «ventana por donde salir del mundo visible a otro más maravilloso». El narrador, Vicente Aldana, se hospeda con Santiago Hermida en casa del acaudalado colono don Venancio la O, padre de dos muchachas incoloras locas por encontrar novio, y principal sostén del Partido Cívico, que vela porque no se cumpla la ley en su territorio. Ambos han venido de La Habana, el primero para efectuar un censo y el segundo para preparar el terreno con miras a un acta de representante, en tanto que recoge datos para una novela. Mientras lleva a cabo su trabajo, Aldana puede apreciar el arraigo opositor, ya que las personas consultadas suelen responder a su apelación con la frase «para servir a usted y no al Gobierno». Asimismo, los jóvenes son muy recelosos, pues temen que se trata de reclutarlos para pelear en la guerra europea, estando dispuestos a regar con sangre y sudor su tierra, pero no la ajena.

Mongo Paneque, guajiro con su sitio de siembra de yuca, plátanos y caña, es el guapo del pueblo. Liborio Bartolo Morejón pasa por descendiente de Juan el Indio, que, con

Juan el Negro y Juan Blanco, encontró la Virgen del Cobre, es el gracioso pintoresco. A la bodega de Exuperancio Martínez van los amigos a darse los tragos de ron y aguardiente. Fengue Camacho no hace nada más que vivir de la política. El comandante Fundora, del Ejército Libertador, tiene una hija, Conchita, hermosa y ardiente, que Mongo Paneque persigue tozudamente, pero ella se prenda de Santiago Hermida al cruzarse a caballo con el apuesto forastero, junto a la ciénaga que impone su nombre al poblado; y he aquí que comienza el enredo.

El presunto candidato a representante corteja a la sensual guajira poniendo todos los recursos de su afinada educación capitalina y un arsenal de atenciones conmovedoras, ante la mirada recelosa del rústico pretendiente. Ella, por su parte, ejerce una seducción avasalladora con la cálida lozanía de su pasión, y entre los dos se establece una poderosa corriente que los atrae irremisiblemente con tan sólo el contacto de la mirada. Al cabo, Conchita sucumbe a los requerimientos amorosos del galán habanero durante un paseo a caballo, accediendo a encontrarse con él la noche siguiente junto a un cañaveral, a la vera de la ciénaga. Bajo el ensalmo aterciopelado de la penumbra iluminada por los astros nocturnos, con la suavidad envolvente de las frases amorosas y el incendio de la pasión aventado por los excitantes efluvios de la afiebrada naturaleza tropical, toda resistencia a los impulsos primarios entre hombre y mujer resultaba fútil, y se cumplió lo que la ley de la creación determina en tales casos. Las citas cotidianas entre los amantes siguieron repitiéndose no se sabe por cuánto tiempo ante la enorme pupila, quieta y tenebrosa de la ciénaga. Mientras tanto la suspicacia y el odio crecían en el burdo corazón de Mongo Paneque, quien se las daba de Don Juan. Herido en su vanidad de tenorio, el crudo campesino urdió un plan para deshacerse de su afortunado rival, recurriendo cobardemente al auxilio de unos amigos. Una noche, tras de

asegurarse la retención de la joven por parte de su padre, mediante previo aviso anónimo al viejo comandante, los conjurados irrumpieron súbitamente en el lugar de cita de los amantes y, abalanzándose sobre Santiago Hermida, le echaron en la ciénaga.

La narración es sobria y está exenta de efectos melodramáticos. Luis Felipe Rodríguez, la lleva a su trágica culminación con un impersonalismo digno de la mejor escuela realista francesa. Pero al final no puede contraerse más a la simple exposición de los hechos, de suerte que el hundimiento de Santiago Hermida en la charca inmundada deviene un símbolo. «En aquel momento, por lo que estaba diciendo, más que un pez, Fengue Camacho me parecía un caimán, pero un caimán de paso; por ejemplo: caimán del paso de esta ciénaga que se había tragado a Santiago Hermida. Símbolo de nuestro hundimiento social y económico en la gran ciénaga colonial. ¡Nuestra política! ¡Siempre esta política! ¡Qué fatalidad para nuestros pueblos de América! Por un raro espejismo de mi espíritu los seres y las cosas que habían girado en torno de esta tragedia rural, tomaban ante mis ojos la realidad profunda del emblema. Aquella ciénaga iba ensanchándose hasta tomar las dimensiones de toda la tierra de Hispanoamérica, y me parecía que en ella, desde el tiempo de la Conquista, habían venido hundiéndose, como Santiago Hermida, las más puras aspiraciones de sus mejores hijos.» La propia Conchita adquiere, asimismo, un sentido simbólico: «...no era la hija del comandante Fundora, sino la hija del sol, nuestra república del dulce, nuestra isla exuberante, crédula, espontánea, ardiente y sensual». Es más, después de la tragedia surge inopinadamente otro campesino, noble y laborioso veterano de dos guerras, el cual se ve arrancado del lote de tierra que ha venido trabajando toda su vida, a consecuencia de ciertos

manejos de políticos cubanos en combinación con intereses económicos americanos.

El corte y la factura de *La ciénaga* recuerdan, más que ninguna otra de las novelas francesas entonces tan en boga, a *Madame Bovary*, a la que no es del todo ajeno el tema de la provinciana seducida por el refinamiento del galán capitalino. La diferencia está en que Flaubert entrevera las implicaciones políticas, al paso que Luis Felipe Rodríguez añade, además, una moraleja al final, sin poder ceñirse a las excelentes caracterizaciones del curso mismo de la narración o a símiles como: «...siendo el jagüey uno de los más grandes parásitos de la flora tropical de la imagen viva y rotunda de un cacique político capaz de comerse él solo el antiguo ingenio de “¡La Demajagua!”» Y es que a la sazón imperaba en Cuba la novela de tesis.

LA REVISTA *SOCIAL*

En enero de 1916 nace *Social*. Esta revista de lujo, declaradamente frívola y mundana, por completo despreocupada de cuestiones de doctrina, política y asuntos internacionales, no obstante las tremendas repercusiones mundiales de la guerra europea, desempeñaría un papel digno de nota en el proceso cultural de la república. Sin dirigirse a la élite intelectual que frecuentaba *Cuba Contemporánea*, dedicaba buena parte de sus páginas a las letras y las artes, emulando con *El Fígaro* y otras publicaciones similares que, sin embargo, barajaban colaboraciones de plumas tan excelsas como Enrique Piñeyro, Rafael Montoro, Manuel Sanguily y Enrique José Varona con hojas de anuncios y fotografías del peor gusto, pésimamente impresas y emplanadas, con procedimientos arcaicos, aunque el contenido en su conjunto aventajaba en una distancia inconmensurable el de los chabacanos y chapuceros semanarios de morboso sensacionalismo que hoy circulan con tanta profusión en todos los medios, incluso los más encopetados. Existía una zona apreciable del público que se interesaba, o por lo menos mostraba curiosidad, por las creaciones del espíritu, ahora restringido a una minoría de iniciados a consecuencia de la plebeyización operada a partir de la tercera década por una mal entendida democracia. Con todo, la antigua clase dirigente cubana, consumida y depauperada en la lucha independentista y en trance de corromperse con la incipiente degradación política y moral republicana, se engrosaba con las

legiones de advenedizos que arribaban enriquecidas al amparo de la prosperidad deparada por la vertical subida de las cotizaciones azucareras impulsadas por la guerra y por los jugosos manejos políticos y las remuneraciones otorgadas por los monopolios extranjeros. La función que se arrogó la nueva revista fue pulir y barnizar estas capas, allegándolas a los rezagos de la más distinguida aristocracia criolla e iniciándolas en el estilo de vida elegante y cosmopolita de Europa y Norteamérica. Contribuyó, sin duda, de modo considerable a la americanización, mas no mediante los muñequitos y demás vulgaridades, sino al través de las formas mantenidas por los núcleos más selectos y las producciones literarias y artísticas novedosas.

Acaso el papel más valioso de *Social* se asumió en el predio de la estética, a pesar de sus lineamientos conservadores. En la técnica tipográfica, fue la primera publicación realizada por entero con el procedimiento *offset*, lo que constituía una revolución no sólo en Cuba sino en el resto del mundo. Su fundador, el caricaturista Conrado W. Massaguer, le impartió a sus páginas un sello personal singular y agradable, entremezclando con frescura el dibujo y la letra de molde, al revés de las demás revistas existentes que remedaban los más resobados convencionalismos o determinadas revistas forasteras. Supo, asimismo, poner a contribución con raro sentido práctico la vanidad y el snobismo para lograr el éxito económico y la difusión del buen gusto. *Social* se encontraba en las antípodas del socialismo. Sus normas estaban ceñidas a las del buen gusto, aspirando no más que a impartirle una tónica a nuestra sociedad mundana, con un nivel que contrasta con la vulgaridad de las publicaciones que en la actualidad se hallan en las mesas de los salones de nuestra improvisada aristocracia monetaria. Esta función «social» abrió las puertas de nuestras

manifestaciones culturales a sectores en que ahora sólo tienen entrada los deportes, los muñequitos y los jaiboles. Por supuesto que una revista no podía derribar de la noche a la mañana la cursilería y el provincianismo imperantes, y que aún perduran, acaso con mayor fuerza y agresividad. Pero algunas de las facetas de *Social*, que a primera vista parecen reflejar la vanidad del advenedizo, dejan traslucir loables propósitos. Así, las páginas que ostentan opulentas residencias nuevas, están destinadas a estimular el gusto por la arquitectura en un país que no había salido de los híbridos e insulsos merengues de los maestros de obra catalanes.

La revista fue un eficaz órgano de acercamiento con Norteamérica, cuyo influjo se circunscribía, sin embargo, a la vestidura y al avance técnico, comercial y amistoso. Mas, París era el hontanar intelectual. Poco o nada venía de España, con la que la mantenía, empero, vinculada en Madrid Alfonso Hernández Catá, a la par como observador y literato. Salvo en el caso de Valle Inclán, el contacto con la generación del 98 se establecerá una década más tarde, principalmente al través de la *Revista de Avance*. La corriente estética dominante es el hedonismo finisecular, siendo su canal más firme y ancho el asiduo François G. de Cisneros, perenne informador de la actualidad literaria, artística y teatral de Lutecia, con un leve retintín de afectación y rebuscamiento, aunque sin frisar en lo ridículo como su colega Héctor de Saavedra. Menudeaban los extranjerismos ingleses y franceses, tales como *five o clock*, *smart set*, *high life* y *garden party*, *causeur*, *jeune fille*, *chez*, *demi-modaine*, *connaissanceur*, *coup de chapeau* y *tete a tete*. Los deportes considerados más elegantes eran el hípico, las regatas y el polo. Pero también se estimaba, al revés de ahora, que un aristócrata debe ser culto o por lo menos medianamente enterado. Claro que las dosis

servidas eran pequeñas, a fin de no aturdir las cabecitas de las lindas lectoras. Con todo, se realizaba un encomiable intento de culturización de la nueva burguesía republicana, mediante el acoplamiento con los más desgranados vestigios de la vieja aristocracia criolla que había sobrevivido a la colonia, con una tónica cosmopolita calcada en el ejemplo de las élites de Europa y Norteamérica y una elevación del nivel intelectual y, sobre todo, artístico, preterido por las revistas anteriores, sin descuidar los valores autóctonos. En este sentido, Emilio Roig de Leuchsenring iniciaba, con sus remembranzas históricas y crítica de costumbres una labor útil que iría radicalizándose con el andar del tiempo.

Mientras Teodoro Bailey daba a conocer las bellezas de la decoración interior, cuyas posibilidades habían sido ignoradas hasta entonces en Cuba, aún absorbida y devastada solo pocos años antes por su tenaz lucha emancipadora; los dibujos de Massaguer amenizaban las páginas, haciendo desfilar semblanzas de *clubmen*, financieros y personalidades políticas, literarias y artísticas, tan benévolas y comedidas que apenas si pueden reputarse caricaturas. Su lápiz inquieto a la par que sereno iluminaba como al desgair los espacios en blanco con alusivas notas de bonhomía humorística, que mitigaban la pavorosa aridez del archipiélago de letras de molde, espantajo de ojos poco dados a la lectura. Cabecitas de *girls* y *jeune filles* asomaban aquí y allá, bonitas pero un tanto insulsas como las propias frívolas y alegres niñas bien, con raqueta de tenis y amplio pañuelo multicolor, que las contemplaban. El optimístico buen humor del caricaturista que sonreía por doquier, estaba acorde con el que invadía el mundo de los negocios, embriagado por la bonanza de las vacas gordas, cuando se compraban perlas por libra, pero que ¡ay! tramontaría muy pronto. La sociedad cubana se divertía mientras el extranjero

se adueñaba de sus tierras. La poesía no estaba aún desterrada de este predio, ocupando un rincón que recogerá con creciente fidelidad los ecos de las nuevas corrientes, del modernismo al postmodernismo, hasta empatar con la vanguardia, representada más cabalmente por otras publicaciones.

Una hojeada al primer número dará una noción del sesgo que, con mayor amplitud, variedad y madurez, habrá de tomar la revista. En la presentación del director, hallamos estas palabras que definen la tónica de la revista a la vez que delatan el sentimiento de inferioridad que ya angustia-ba a los cubanos: «*Social* será una revista consagrada únicamente a describir en sus páginas por medio del lápiz o de la lente fotográfica, nuestros grandes eventos sociales, notas de arte, crónicas de modas y todo lo que pueda demostrar al extranjero, que en Cuba distamos algo de ser lo que la célebre mutilada, la sublime intérprete de “L’Aiglon” nos llamó hace algún tiempo.» En *El dandismo de tres cubanos* François G. de Cisneros describe otras tantas figuras arquetípicas de la pervivencia de la antigua aristocracia criolla de nobles arrestos y dadas a resolver con las armas las cuestiones de honor, las cuales aún vivían rodeadas de los objetos de arte de sus viejas casonas del Cerro. Le sigue «El equívoco», cuento por Henri Duvernois, de trivial humorismo. La visita de una pareja de danzarines, motiva una caricatura de Massaguer y un pie de grabado que nos trae un soplo de la atmósfera del momento: «La Habana como todas las grandes capitales del mundo, se ve también contagiada del “dancing-fever”, ya se baila en todos los cafés, hoteles, roof-gardens y centros de moda. En este mes nos han visitado el gran danseur Maurice y su inseparable miss Florencer Walton.» Las páginas gráficas comprenden fotos de damas, bodas, modas, carreras de caballos, diplomáticos, clubes y obras arquitectónicas de tipo residencial. Hay, además, una caricatura hípica de

Massaguer y noticias sociales. El número de febrero se abre con una deliciosa fábula modernista de Manuel Ugarte, titulada «Lo que había en el alma de Ninón», siguiéndole una crónica satírica de François G. de Cisneros sobre Geraldine Farrar, la célebre cantante de ópera norteamericana, bajo el intencionado rótulo «Una gitana de Boston». «El Retrato» de Charles Geniaux, traducido por la señorita Terina de la Torre, es una melancólica estampa esteticista, con una moraleja un tanto patriotería que opone la belleza de una dama francesa a la clásica. De Rubén Darío, se reproduce «París de noche». En el próximo número, el título de una colaboración de Luis G. Urbina, «El álbum, el abanico y la tarjeta postal», es todo un programa del sentir de una época que hoy resulta remota.

La mención de nombres y de algunos rótulos que aparecen en ediciones sucesivas, resulta de por sí reveladora: Alfonso Hernández Catá, Graciela Garbalosa, un comentario de Francisco Acosta sobre Nijinsky, el genial danzarín que a la sazón triunfaba en todos los escenarios de Europa, un capítulo de *Sombras que pasan*, novela de Raimundo Cabrera, Maurice Barrès, Maurice Maeterlinck, Rodó y Nervo. En noviembre de 1916, recíprocas caricaturas de Caruso y Massaguer traen a la memoria el inolvidable episodio de la bomba en la ópera que puso en solfa, al famoso divo, haciéndolo huir a la calle vestido de Radamés. La actualidad literaria está presente en reseñas de libros y trozos de novelas cubanas como *Magdalena* de Emilio Bacardí, *Las honradas*, de Miguel de Carrión y *Los inmorales* de Carlos Lovería, del que también se publicarán cuentos. El estreno en La Habana de *Los bandidos*, por A. Hernández Catá y Alberto Insúa, autores cubanos, motivará una reseña, al igual que otros acontecimientos teatrales.

François G. de Cisneros dedicará un comentario a los incomparables Ballets de Diaghileff, que constituían el momento artístico de París. Reconocidas firmas extranjeras

como Anatole France y Eça de Queiroz acompañan otras que el tiempo consagraría, como la de Paul Claudel.

El año 1918 marca un hito importante. François G. de Cisneros hace un crítica de Romañach, destacando el efecto aniquilador del acerado cerco de la indiferencia y la incompreensión artística de los nuevos magnates. Hay la explicación que Antonio S. de Bustamante hace de su voto en favor de la ley del divorcio, recién aprobada, la que entonces constituía una de las cuestiones más candentes. También se consigna en marzo la apertura del primer Salón de Bellas Artes. El fino crítico Bernardo G. Barros, procedente de *El Fígaro* y hoy injustamente preterido, con agudo sentido de la actualidad de aquellos primeros lustros republicanos, rebate la tesis que sostiene la superioridad del régimen despótico sobre el democrático en el fomento de la creación artística, a causa de la madurez de la aristocracia y la improvisación de la plutocracia. El autor presenta un convincente panorama de la pobreza y tosquedad, con su lardo e incorrecto neoclasicismo, del período colonial que contrasta con la vasta perspectiva que ofrece la democracia. También hace un sugestivo cotejo del suave y comedido humorismo de Massaguer con la fustigadora sátira de Rafael Blanco. Varona hace su entrada prestigian-do la revista con un trabajo sobre Esteban Borrero Echevarría. La poesía comprende a Sánchez Galarraga, F. Pichardo Moya, Luisa Pérez de Zambrana y Gerardo de Nerval. En 1919 se introducen las firmas de Juana Borrero, Rafael Heliodoro Valle y Carlos de Velasco, y en 1920 Juana de Ibarbourou, Gay Calbó, Lugo Viña, Figarola Caneda, Emilio Bobadilla con el seudónimo Fray Candil y F. de Ibarzábal. En 1921 se publican versos de Alfonsina Storni y un cuento de la poetisa María Villar Buceta. Salomón de la Selva, J. M. Chacón y Calvo, Gabriela Mistral, Cosme de la Torriente,

Sergio Carbó, Miguel de Unamuno, Alfonso Reyes y José Ingenieros, quien habrá de ejercer un vibrante influjo en el movimiento estudiantil, ingresan en 1922. También verán la luz versos de Rabindranath Tagore y Rubén Darío, así como un cuento de Enrique Heine.

1924 será un año crucial. Las páginas de la revista se abren por primera vez al cine. En marzo harán irrupción, a más de Fernando Ortiz, Juan Marinello con unos versos y Jorge Mañach que hará una presentación del grupo de los minoristas que equivale a un reconocimiento oficial de esa falange integrada por Emilio Roig de Leuchsenring, Rubén Martínez Villena, José Z. Tallet, J. A. Fernández de Castro, F. Lizaso, Agustín Acosta, su hermano el dibujante con visos cubistas José Manuel, Mariano Brull, Luis A. Baralt y Alejo Carpentier, quienes salvo Lamar Schwyer, por su entrega al dictador Machado, habrán de ocupar la vanguardia intelectual durante una década. Todos ellos irán ingresando en el cuerpo de colaboradores de la revista. Se echa de ver, por este breve esquema, la evolución de *Social* hacia las nuevas tendencias, no obstante su pergeño moderado, con su esteticismo finisecular, que cuadraba al público a quien se dirigía a partir de los ingenuos balbuceos y leves vicios prosódicos de su infancia. Ciertamente, de ser provinciano resultaba inevitable en una república de catorce años, ansiosa de igualarse a las adultas que Massaguer representaba con su bonachona gracia y una indulgencia atinada, como una niña vivaracha; y cuya capital apenas rebasaba el cuarto de millón. *Chic* quiso compartir su lugar poniendo igual derroche, pero quedó muy por debajo, y *Grafos* tomará la antorcha en la década del 30, con mejor material literario y artístico quizá, pero sin el cachet que hacía de *Social* una revista singular en cualquier parte del mundo. En el terreno exclusivo de la literatura, espigarán sucesivamente la *Revista*

de Avance, Espuela de Plata, Clavileño, Orígenes y Ciclón.